

Pensamiento de Lacan*

Maud y Octave Mannoni

M. M. — Se nos ha pedido hablar de Lacan. No es muy fácil. Voy a hacer una pequeña introducción, luego el Sr. Mannoni va a hablar de lo imaginario. Si tenemos tiempo nos referiremos posteriormente al orden simbólico.

Lo que Lacan escribió en *La conducción de la cura y los principios de su poder* es que la técnica no puede ser comprendida y en realidad no empleamos la palabra técnica. El efecto de esta teoría es lograr que cada uno se vea llevado a inventarse a sí mismo con su paciente. Esta actitud evita una especie de ritualización en la que sólo permanece el ritual. Lacan dice que la técnica no puede ser comprendida ni aplicada correctamente, si se desconocen los conceptos que la fundamentan.

O. M. — Quiero proporcionar una ilustración al respecto. Un ejemplo de lo que me sucedió en Buenos Aires demostrará la forma en que nosotros evitamos hablar de la técnica. Un analista quería saber si su interpretación era técnicamente correcta. Le había dicho al paciente que tenía una especie de conflicto interior entre sus sentimientos. Le respondí a este analista diciéndole que si el paciente era inteligente le respondería que esa interpretación, seguramente, no lo iba a ayudar en lo que tiene que hacer; que no tenía nada que hacer con esa interpretación. El analista dijo que ésas fueron las

* Versión de una de sus intervenciones durante la visita a la A.P.U. de abril de 1972.

palabras del paciente. Yo no invoqué ninguna regla técnica, pero tengo la impresión de que el analista entendió algo sobre la manera en que había que proceder en las interpretaciones.

M. M. — Nuestra tarea, continúa Lacan, será la de demostrar que estos conceptos sólo asumen su sentido pleno si se orientan en el campo del lenguaje y si se ordenan con la función de la palabra.

Situar un campo de lenguaje es poder hacerlo con diferentes niveles del discurso; lo que debe ser localizado es la función de la palabra que se ordena con este campo de lenguaje. ¿Quién habla y a quién? Este es el problema que se plantea. Y nada de lo que se dice puede ser comprendido si no se hace la distinción entre lo que pertenece al registro de lo imaginario, de lo simbólico y de lo real. La referencia del paciente a la realidad social en la que está sumido o en la que participa, forma parte, integra, el discurso analítico, pero no por ello el analista tiene que dar otra respuesta que no sea la de una palabra vacía, que permite re-lanzar el discurso del sujeto. De ninguna manera las referencias del paciente a la violencia y a las luchas en el mundo real deben sufrir nunca el efecto de una operación reductora, en una interpretación analítica que reduzca la posición del paciente a las dimensiones mezquinas del llamado “mundo interno” del paciente. El inconsciente no está en el sujeto. Esta es una noción esencial que orienta el discurso analítico en una dimensión radicalmente nueva. Lacan intentó estudiar las causas del deterioro del discurso analítico, que orientó la práctica en un cierto sentido y se vio reducido a un combate entre dos personas; y el analizando se queda sin otra persona para comer que el analista. En esta situación el individuo se encuentra objetivado en un analista, deseoso de conservar, a causa de su prestigio, el manejo pleno de la interpretación. Mientras que la interpretación mejor es, muy a menudo, aquella que el analizando se ve llevado a hacer. Es él quien encuentra la respuesta al mensaje que dirige más allá del analista.

O. M. — Si bien es cierto que es el analizando quien debe interpretarse a sí mismo, eso no es, en absoluto, lo que se produce, si el analizando se identifica con el analista y se interpreta a sí mismo como un analista. No es este tipo de

interpretación el que esperamos del analizando La interpretación que da el analizando es, por ejemplo, “comprendo esto o esto otro en mi vida”, pero no utiliza en las interpretaciones un lenguaje analítico. Si se siente bombardeado por interpretaciones por parte del analista y si se pone a interpretar él mismo, esto se convertiría en una caricatura del análisis. No es eso lo que buscamos.

N. N. — Es desde el lugar del Otro, nos dice Lacan, que el sujeto recibe su mensaje bajo una forma invertida. Es decir, que a la pregunta que plantea, la respuesta está ahí. Y el analista es tan sólo el soporte, el apoyo, de una pregunta. Nada más que eso.

Lo que puede hacer operatoria la ruptura del discurso, es el surgimiento de una verdad, verdad que el analista no posee. Es decir, que la transferencia ubica al analista en el lugar del sujeto que se supone que sabe, pero el analista, no por ello, tiene que identificarse con el sujeto que sabe.

O. M. — El que lo hace, el que significa el sujeto que sabe, es el psiquiatra.

M. M. — Más aún, en el proceso analítico el analista, en cierta manera, tiene que suspender todo saber.

Estas son pequeñas observaciones que quería hacer, en relación con conversaciones de corredor que tuve con diferentes personas.

M. M. — Lo que quisiera introducir ahora, son las referencias que subtienden al trabajo de Lacan y que pueden ser expuestas en términos más simples que lo que Lacan aborda directamente. Y creo que ésta es la mejor introducción, incluso si es un poco pedagógica.

La noción del orden simbólico en Lacan se origina en la antropología, principalmente en Levi-Strauss. En Claude Levi-Strauss esa noción engloba perspectivas que conciernen al inconciente, que difieren de las que Freud utilizaba. Estudia el problema de la estructura respecto de las relaciones establecidas entre las estructuras lingüística y social, vistas como sistemas en comunicación. Y estudia el inconciente determinado por leyes fonológicas, de posición

fonemática, tal como lo desarrollan Scott y Jakobson. Si estudiamos este punto podremos comprender mejor a Lacan.

Levi-Strauss considera el inconciente como algo que va a imprimir su marca sobre un contenido que se encuentra en el exterior. Y esto está desarrollado en su capítulo “La eficacia simbólica” de la *Antropología estructural*. La eficacia simbólica que examina el poder del chamán con referencia a mitos colectivos, demuestra que lo que es operante es la forma en que la enfermedad del paciente es retomada por el chamán y prácticamente retraducida por él, a otro nivel, el nivel simbólico. Y de esta manera el mal es circunscrito.

Para clarificar algunos aspectos del chamanismo, Levi-Strauss utiliza el conocimiento que tiene de Freud, y dice que, probablemente, los analistas también tengan que aprender algo de esto. La diferencia entre el chamanismo y el psicoanálisis —dice Levi-Strauss— concerniría al origen del mito. Reencontrar en un caso, algo así como un tesoro individual, que en el otro caso se origina en la tradición colectiva. Lo que conviene preguntarse, señala Levi-Strauss —lo cito—, “es si el valor terapéutico de la cura se debe al carácter real de las situaciones memoradas, o no”. O si el poder traumatizante de estas situaciones no se origina en el hecho de que, en el momento en que se presentan, el sujeto las experimenta como mito vivido. Por ello entendemos el hecho de que el poder traumatizante de una situación cualquiera no se origina nunca en sus caracteres intrínsecos, sino en la aptitud de algunos acontecimientos que surgen de un contexto psicológico, histórico y social apropiado para inducir una cristalización afectiva, que se realiza en el molde de una estructura preexistente. En relación con el acontecimiento o con la anécdota, estas estructuras o, más exactamente, estas leyes de estructura, son verdaderamente intemporales o atemporales. En el psicópata, toda la vida psíquica y todas las experiencias ulteriores, se organizan en función de una estructura exclusiva o predominante, bajo la acción catalizante del mito inicial.

Pero esta estructura, y las otras, que en él se ven relegadas a un lugar subordinado, podemos encontrarlas en el hombre normal, primitivo o civilizado. Levi-Strauss continúa diciendo que el conjunto de estas estructuras constituiría lo que nosotros designamos como inconciente. De esta manera, dice Levi-

Strauss, veríamos cómo se desvanece la última diferencia entre la teoría del chamanismo y la del psicoanálisis. El inconciente deja de ser el inefable refugio de las particularidades individuales, el depositario de una historia única que hace de cada uno de nosotros un ser irremplazable. Se reduce a un término mediante el cual nosotros designamos una función, la función simbólica, sin duda específicamente humana, pero que se ejerce de acuerdo con las mismas leyes, en todos los hombres. Que en realidad se reduce al conjunto de estas leyes.

Para Levi-Strauss la diferencia entre chamanismo y psicoanálisis reside en el hecho de que en la neurosis el origen del mito es reencontrado en el tesoro individual y en el chamanismo el mito es dado por una tradición colectiva. La estructura es la misma en ambos casos. Y es a través de ella como la función simbólica es operante.

Las leyes de la función simbólica son poco numerosas, de la misma forma que hay muchas lenguas, pero muy pocas leyes fonológicas que sean válidas en todas las lenguas.

O. M. — La frase no está clara, lo que quiere decir es que las leyes fonológicas son poco numerosas y que son válidas para todas las lenguas.

M. M. — En *Las estructuras elementales del parentesco*, Levi-Strauss examina el problema de la sincronía, es decir de lo que sucede en un mismo momento, y de la diacronía, es decir de lo que va a suceder en el futuro pasando por el presente, en las sociedades primitivas. Y desarrolla la tesis de que la prohibición del incesto es inexplicable en la frontera entre la naturaleza biológica y la cultura humana, y reafirma la noción de una prohibición del incesto como ley, es decir, como simbólica. O sea, obligación de una familia de dar un miembro para otra familia.

Las reglas del matrimonio de las sociedades primitivas, son concebidas como un sistema de intercambios, que en realidad son sistemas de comunicación determinados inconcientemente.

Conjuntamente con Marcel Mauss, Levi-Strauss insiste sobre el hecho de que lo que es importante no es lo que se da, sino el intercambio por medio del cual la sociedad permanece unida. En la conversación cotidiana sucede lo mismo, lo que cuenta es el intercambio de palabras, no su contenido, que está hecho, más que de información, de redundancias. La relación lingüística no puede ser separada del mundo de lenguaje en el que hemos nacido. De la misma forma en que tampoco el matrimonio individual puede ser separado del universo de las reglas que engloba el simple acto de dar. Para Levi-Strauss el matrimonio es el arquetipo del intercambio, no es algo que sea necesario para la sociedad sino que al igual que el lenguaje, es la sociedad. Para Freud el mito original explica el presente, no el pasado y no da cuenta de la prohibición del incesto, sino más bien del hecho que el incesto es deseado inconscientemente. Hablando de *Tótem y tabú* Levi-Strauss nos dice: “El deseo de la madre o de la hermana, el asesinato del padre o el arrepentimiento de los hijos, es indudable que todos ellos no corresponden a ningún hecho o conjunto de hechos que ocupen en la historia un lugar determinado, sino que, quizás, traducen en una forma simbólica un sueño que es duradero y antiguo. Y el prestigio de este sueño, su poder de modelar, sin que los hombres se den cuenta, el pensamiento de los hombres, se origina precisamente en el hecho de que los actos que él evoca no han sido nunca cometidos, porque la cultura se opuso a ello, en todos los lugares y siempre. Las satisfacciones simbólicas en las cuales se traduce —de acuerdo con Freud— la nostalgia del incesto, no constituyen entonces, la conmemoración de un acontecimiento. Son otra cosa y más que ello. La expresión permanente de un deseo de desorden o también, de contraorden.”

Levi-Strauss desarrolla la idea de que las relaciones entre los sexos deben ser concebidas como una de las modalidades de una función de comunicación que también comprende el lenguaje. Levi-Strauss nos habla de sociedades que poseen reglas estrictas que conciernen a un cierto número de acciones. Las prohibiciones pueden ser reducidas a un común denominador, ellas constituyen un abuso del lenguaje. ¿Qué significa esto, dice Levi-Strauss, sino el hecho de que las mujeres mismas son tratadas como un signo, o sea algo que representa algo para alguien, de las que se abusa cuando no se les otorga el empleo específico de los signos, que es el de ser comunicados?

Para Levi-Strauss la emergencia del pensamiento simbólico exige que las mujeres, al igual que las palabras, sean cosas que se intercambian. En el prefacio a *Sociología y antropología* de Marcel Mauss, Levi-Strauss señala que ya a partir de 1924 Marcel Mauss definió la vida social como siendo el mundo de las relaciones simbólicas. Mauss dice que corresponde a la naturaleza de la sociedad el hecho de que se exprese simbólicamente en sus costumbres y en sus instituciones. Por el contrario, las conductas individuales normales no son nunca simbólicas por sí mismas. Son los elementos a partir de los cuales un sistema simbólico, que sólo puede ser colectivo, se constituye. Son tan sólo las conductas anormales que por el hecho de ser desocializadas y, en cierta manera, abandonadas a *ellas* mismas, realizan en el plano individual la ilusión de un simbolismo autónomo.

Luego de una discusión de estas observaciones, que introducen una ruptura con la psicología tradicional, Mauss da la noción central de la que se extrae la idea de la función simbólica. Toda cultura puede ser considerada como un conjunto de sistemas simbólicos, en el primer lugar de los cuales se ubica el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, la religión, el arte, la ciencia. Todos estos sistemas, nos dice Mauss, tienden a expresar ciertos aspectos de la actividad física y de la realidad social, en la misma forma en que estos dos tipos de realidad mantienen relación entre sí y que *los sistemas simbólicos mismos* mantienen *los unos con los otros*. Pero, dice Mauss, estos sistemas son siempre irreductibles los unos a los otros. En ello se origina el hecho de que ninguna sociedad nunca es integralmente, completamente simbólica o, para ser más exactos, que ella nunca logra ofrecer a todos sus miembros y en el mismo grado, el medio de utilizarse plenamente para edificar una estructura simbólica que, en el caso del pensamiento normal, sólo puede ser realizada en el plano de la vida social. Porque, hablando de manera correcta, el que se aliena es aquel al que nosotros llamamos 'sano de espíritu', ya que él acepta existir en un mundo que puede ser definido sólo por la relación de yo al otro. Y Mauss llega aquí a las mismas conclusiones a las que llega Lacan en su estudio sobre *La agresividad en psicoanálisis*.

En otra parte, Mauss insiste en el hecho de que con todas las conductas

aparentemente aberrantes, lo único que hacen los enfermos es transcribir un estado del grupo y hacer manifiesta una u otra de sus constantes. En toda sociedad —dice Mauss— la relación entre las conductas normales y las conductas especiales es complementaria. Para Levi-Strauss, el inconciente, tal como lo concibe Mauss, sería el término mediador entre yo y otro. El inconciente es concebido como un sistema simbólico. Al igual que el lenguaje, lo social es una realidad autónoma. Los símbolos son más reales que lo que simbolizan. El significante precede y determina al significado. Lacan comparte esta noción cuando afirma la prevalencia del lenguaje en relación con la realidad. Para Lacan, lo que separa la naturaleza de la cultura está definido por la diferencia entre la necesidad animal y la comunicación animal por una parte y el deseo humano y el lenguaje por otra. Utiliza esta ruptura como instrumento de análisis en una relación con la verdad.

Levi-Strauss termina la introducción a la obra de Mauss diciendo que, en su esfuerzo para comprender el mundo, el hombre dispone siempre de un exceso de significación, que el hombre reparte entre las cosas de acuerdo con leyes del pensamiento simbólico que deben ser estudiadas por los etnólogos y los lingüistas. Esta distribución de una ración suplementaria, nos dice Levi-Strauss, es imprescindible para que, finalmente, el significante disponible y el significado delimitado se mantengan entre sí en la relación de complementaridad, que es la condición misma del ejercicio del pensamiento simbólico.

La posición de Lacan sobre el inconciente es la combinación de un punto de vista dinámico, la metáfora, con un punto de vista económico, la metonimia. Lacan supone que el discurso inconciente interfiere en el discurso consciente y es responsable de las distorsiones de este discurso. En cierto sentido, habría un sujeto inconciente separado de la conciencia, que intenta dirigirse a otro sujeto inconciente, que Lacan designa como el Otro. Por otra parte, este discurso inconciente es el discurso inconciente del Otro en el sujeto, que ha sido alienado de sí mismo a través de su relación en espejo con el otro.

Esto podrá ser tratado más en detalle después que el Sr. Mannoni haya hablado de lo imaginario.

O. M. — Voy a examinar las cosas de un modo diferente. Creo que en todo lo que hemos dicho Mauss es más profundo que Levi-Strauss, porque éste, al fin de cuentas, y en particular en la relación simbólica, pone una lógica rigurosa y explica lo que sucede en realidad como faltas a esta lógica. Ello conduciría a una sociedad tal como la concibe la burocracia y la sociedad que se adecuaría en forma completa a la lógica de Levi-Strauss, sería la de las abejas que, como ustedes saben, tienen un lenguaje que tienen que obedecer en forma rigurosa, sin que nunca hayamos podido apreciar la existencia de ninguna abeja que haya cuestionado ningún aspecto de la sociedad. Y creo que esta es la crítica más profunda que podemos hacerle a Levi-Strauss. En este punto, Lacan no está de acuerdo con Levi-Strauss. Y cuando exponga qué es el lenguaje, espero poder hacer ver las diferencias entre sus concepciones.

Ustedes ya habrán podido observar que tengo una cierta debilidad por estudiar los aspectos históricos de los problemas, método con el que Lacan no concuerda. Como ha sido influido por el estructuralismo, no se interesa en el aspecto histórico de las cosas. Lacan quisiera que partiéramos del estado actual de nuestros conocimientos, es decir de aquel en que se encuentra su teoría, para retomar los estados anteriores a la misma, que según Lacan —en el estado actual en que se encuentra la teoría—, tienen la verdad. Si obedeciese a los deseos de Lacan, expondría el estado dogmático y actual de su teoría, que sería algo muy largo, y a partir de ese estado yo expondría lo que sucedió en otra época, cuando Lacan comenzaba a constituir su teoría. Esto es algo fácil para quien estudia a Lacan desde hace 20 años, pero sería extremadamente complicado para una exposición como la que les voy a hacer a ustedes. Por lo tanto, yo voy a seguir el punto de vista histórico.

Recordaré, en primer lugar, que Lacan escribió una tesis sobre la paranoia,¹ que fue su tesis de medicina, porque en esa época no era aún analista. En esa tesis se ve confrontado con una situación que para él es aún oscura, es la imagen de sí mismo que el paranoico ataca en el otro. La persona que fue el sujeto de la tesis de Lacan era una joven mujer, que había intentado asesinar a

¹.N de R.: Se refiere a la tesis sobre la psicosis paranoica, de 1932.

una célebre actriz, y que en su imaginación se tomaba a sí misma como una célebre actriz también. Lo que ella atacaba era su propio ideal. De esta manera se veía planteada una pregunta, un problema, sobre la naturaleza de la agresividad. Lacan obtuvo la respuesta en observaciones realizadas por otras personas sobre niños. Estas observaciones son ahora conocidas con el nombre que le dio Lacan, se trata del estadio del espejo.

La observación es la siguiente: un niño pequeño, que aún no habla, se encuentra frente a su imagen en el espejo y manifiesta una alegría intensa al verse a sí mismo. Por otra parte, solicita la aprobación de la persona *que* está con él, se mira en el espejo y después se da vuelta hacia esa persona, y luego nuevamente mira al espejo con la misma alegría. No hay ningún animal que actúe de esta manera. Si ponemos un gatito delante de un espejo, el gatito ve un gato e intenta tener relaciones con ese gato, pelear o jugar, pero sólo una vez. Al día siguiente, si volvemos a colocar al gato delante del espejo, éste ya no ve nada. Comprendió que no se trata de un gato, pero nunca llegó a entender que se trataba de él. La diferencia reside en el hecho de que el niño comprende que se trata de él. Y este es el punto de partida de la constitución del yo. Hay que comprender que el espejo es tan sólo un revelador, que el yo también se forma en los niños que nunca han visto un espejo. Para decirlo de otra manera, no se requiere la presencia de un espejo para formar la imagen de sí mismo. La presencia del espejo tiene solamente el valor experimental de hacernos ver en un solo momento algo que de todas formas siempre ocurre sin que nos demos cuenta.

M. M. — Y que teóricamente, tiene valor de mito. Es decir, que pertenece a lo simbólico.

O. M. — El efecto producido sobre el niño es un efecto de acabamiento de confusión, porque en ese momento el niño está —podemos decir— en un estado de incompletud por razones, quizás, de tipo neurológico. Y en el espejo él observa la imagen acabada de sí mismo y a ello se debe tal vez su alegría.

Esta experiencia es el modelo de la formación del yo (ego) y del origen de lo imaginario. Nos orientamos así hacia una concepción del yo que no tiene nada que ver con la de la psicología del yo norteamericana.

En Freud hay dos concepciones diferentes del yo (ego), que desgraciadamente llevan el mismo nombre. En la más antigua de ellas, el yo (ego) es una instancia de adaptación que tiene que luchar contra las pulsiones, tener en cuenta la realidad, etcétera, es decir, es una continuación de lo que la filosofía, antes, llamaba razón.

En la segunda concepción, el yo (ego) es una imagen que es como algún otro, como alguien diferente. Este es el yo (ego) del narcisismo, que ya no corresponde a la adaptación o a la razón, sino que, por el contrario, es el yo (ego) de la locura. Y sabemos que Freud llamó “psiconeurosis de transferencia” a las neurosis, mientras que a las psicosis las llamó “psiconeurosis narcisísticas”. Al yo (ego) se deben las ilusiones, los errores y la locura. Es de este yo (ego) de quien habla Lacan, cuando él dice que la imagen del espejo está en el origen del yo (ego) y en el origen de lo imaginario. Lo imaginario, en consecuencia, es, en primer lugar, la imagen del *moi*.

La agresividad es, en primer lugar, la agresividad especular. En este punto se plantea una dificultad teórica muy seria, pero es evidente que es en las situaciones especulares donde se manifiesta por primera vez la agresividad. Sobre todo en las psicosis. Es ésta la fuente de lo imaginario, que no es lo mismo que la imaginación. Hay otra fuente de lo imaginario y es difícil decir si esta segunda forma está ligada a la primera, porque se trata de un imaginario que está provocado por lo simbólico mismo.

Para comprenderlo voy a examinar situaciones simbólicas perfectamente claras, y para que sean muy claras las voy a tomar de la historia de la ciencia. Voy a dar dos ejemplos de ello.

Arquímedes puso a la palanca en ecuaciones. El resultado fue que a los términos de la ecuación se les podía otorgar cualquier valor. Las mismas ecuaciones eran válidas para palancas de 1cm, de 100m, de 1km, etcétera. Las personas que no comprendían los problemas de ecuaciones, intentaron una fórmula, hoy en día corriente, que decía que “Arquímedes, con una palanca podía mover el mundo”. Esto es el efecto imaginario de una fórmula simbólica.

Lo mismo le sucedió a Pascal una vez descubierto el vacío. Llegó a com-

prender la nueva concepción de la física, pero en el fondo permanecía siendo bastante místico. Y habiendo descubierto el vacío, se sintió lleno de miedo ante el vacío del cielo.

Hay así un imaginario que cae como una sombra desde lo simbólico. Siempre es así, en todo el mundo el lenguaje está acompañado de una sombra imaginaria. Entonces hay dos formas de concebir al *moi* imaginario, por un lado es el narcisismo y por otro es esta sombra que acompaña a lo simbólico. Hay un solo dominio, un solo campo en que esta sombra no se produce, es el científico. Cuando un matemático almea ecuaciones, no hay una sombra imaginaria.

O. M. — Para que sea más claro propongo como continuación de la exposición, llamar combinatorio al lenguaje matemático y llamar lenguaje a la palabra que puede ser acompañada por una sombra imaginaria. Es claro que Levi-Strauss sólo tuvo en cuenta como lenguaje el combinatorio, es por ello que pudo comparar con las leyes del lenguaje, las leyes del parentesco.

Para hacer comprender lo referente al lenguaje combinatorio que existe en el seno de todo lenguaje... hay, en el lenguaje que nosotros hablamos en este momento, una combinatoria; voy a tomar como ejemplo el juego de ajedrez.

En el juego de ajedrez no hay comunicación ni expresión. Incluso, si el juego de ajedrez tiene lugar *entre* los dos jugadores, es algo accidental, el ajedrez podría estar ubicado sobre la pared y los dos jugadores jugar sobre la misma, ambos del mismo lado del muro. Por otra parte, en las grandes partidas de ajedrez los dos jugadores no se encuentran el uno frente al otro, cada uno se encuentra frente a un tablero, y hay personas que hacen las jugadas sobre un tablero común. Cuando un jugador debe mover, no tiene por qué saber qué concibe el otro jugador en ese momento. Todo el problema está, por entero, en el tablero de ajedrez. La significación de cada jugador *está* delante de cada jugador y no en la cabeza de ellos. Uno de los jugadores puede observar algo completamente diferente a lo que observó el otro jugador sobre el tablero. Y va

a ganar aquel que observa mejor la situación. A los grandes jugadores, y a la mayor parte de los iniciados, en nada ayudaría saber cuáles son las intenciones del otro. Los principiantes quizás le den importancia y busquen impedirse llevarlas a cabo, pero eso se debe a que ellos no son aún verdaderos jugadores de ajedrez.

El lenguaje combinatorio es como esto. No está hecho para comunicar a las personas entre sí, no está hecho para expresar algo interior a la persona que habla. Nadie diría que en las ecuaciones podemos observar cuáles son las intenciones de los matemáticos ni tampoco de que en las mismas el matemático expresa su personalidad.

El lenguaje no es algo exactamente igual al juego de ajedrez, salvo, quizás, para Levi-Strauss. Y lo que constituye la diferencia es el hecho de que el lenguaje no funciona sólo como una combinatoria lógica, sino que obedece también a otras leyes, que también son combinatorias y que permiten metáforas, metonimias, es decir, lo que Freud descubrió, desplazamientos y condensaciones.

Si se introduce en el lenguaje las ideas de desplazamiento y condensación, el lenguaje se convierte en algo mucho más complicado que las combinatorias de las matemáticas y del juego de ajedrez. Para un lógico o para Levi-Strauss, los desplazamientos y las condensaciones son errores. Y al comienzo de sus descubrimientos parecería que también Freud haya considerado lo que descubriría como errores de lógica, pero comprendió que eran la esencia misma del análisis. Incluso consagró una obra entera a estos efectos ilógicos, *El chiste y su relación con el inconsciente*, que es muy importante para los analistas, quienes a menudo no lo estudian porque consideran que no es un libro lo suficientemente técnico.

Este lenguaje que no es ni expresión ni comunicación, obedece por un lado a la lógica y por otro a las leyes del inconsciente. El inconsciente funciona como un lenguaje. Este es un descubrimiento de Lacan, pero lo descubrió en Freud. Si se considera como función a la interpretación de los sueños, podemos percibir que Freud considera a las imágenes como elementos de un lenguaje.

Eso no fue claro en un comienzo, porque existía un prejuicio de origen empirista que hacía de las imágenes el recuerdo de la percepción, algo así como fotografías mentales.

Una fotografía tiene un contenido, pero se puede examinar con la lupa, por ejemplo, para ver que hay ahí adentro. Y si nos preguntamos si el señor de la fotografía está condecorado, podemos examinar con detenimiento la fotografía con una lupa y decir: "Sí, está condecorado". Podemos aprender algo si estudiamos el contenido de una imagen, pero hay imágenes que no tienen contenido, no vale la pena examinarlas, porque lo que importa no es el contenido; por ejemplo, los jeroglíficos. Si un jeroglífico egipcio representa un halcón, no vale la pena examinar con lupa para ver cuántos dedos tiene el halcón en la pata, porque lo que tiene significación es la imagen entera. Para decirlo de otra forma, se trata de una palabra. Y las imágenes de la ciencia de los sueños son así, son de esta forma. Freud lo dice e, incluso, hace la comparación con los jeroglíficos, pero a causa del prejuicio de origen anglosajón referente a las imágenes mentales y también debido al hecho de que la lingüística no estaba suficientemente adelantada, no se percibió esa verdad que hay en *La interpretación de los sueños*. De esta forma el sueño es, en forma de imágenes, un lenguaje. Y la fórmula de Lacan es la siguiente: el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no está constituido por palabras sino por imágenes, que son signos lingüísticos que funcionan como palabras y la gramática de estas imágenes es, esencialmente, el desplazamiento y la condensación. Pero es más complicado que esto, no se reduce sólo a esto.

O. M. — Ahora voy a dejar de lado lo que es fácil y voy a abordar algo más oscuro.

No se debe al hecho de que tiene un inconsciente estructurado como un lenguaje, que el hombre hable. Sino que es lo contrario. Se debe al hecho de que el hombre hable, el hecho de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. No tiene aún necesidad de saber hablar para que sea así, porque él vive en el lenguaje; incluso los sordomudos viven en el lenguaje. Porque el lenguaje estructura el mundo en que vivimos; las cosas están dispuestas, aprendidas y clasificadas de acuerdo con las leyes de este lenguaje. Un sordomudo puede aprender esto a partir de las distinciones que los otros ha-

cen, por ejemplo, un tenedor, una cuchara, una servilleta, un cuchillo; distinciones que no existen en la naturaleza.

Esto nos conduce a la lingüística y a la teoría del significante. El signo no pertenece al lenguaje, los animales comprenden muy bien los signos. Si a cierta hora tengo la costumbre de abrir la heladera para darle carne al gato, cuando éste oiga que abro la puerta vendrá. Comprende los signos. El significante es algo completamente diferente. De acuerdo con el método clásico, si yo pronuncio ahora la palabra elefante, ello no indica que en algún lugar haya un elefante. Sólo algunas personas extremadamente débiles mentales, preguntarán donde está el elefante si yo hablo de él. Personas con mayor capacidad para utilizar el lenguaje no tienen ese tipo de reacciones.

De esta forma, la palabra del lenguaje no es un signo al igual que otros. Ustedes saben que los lingüistas en el pasado se han visto muy embarazados por este hecho; después de haber dicho que el lenguaje designaba las cosas, tuvieron que abandonar ese concepto y llegaron a dos posiciones, según que fueran o no ingleses. Los ingleses dijeron que si bien el lenguaje no designaba las cosas, designaba las imágenes de las cosas. Y los que no eran ingleses dijeron que las palabras designaban las ideas de las cosas. Rompiéndose la cabeza era posible encontrar las imágenes de las cosas; en cuanto a los conceptos o ideas de las cosas no se los podía agarrar. La crítica a la teoría que se refería a las imágenes de las cosas, es una crítica que ya he hecho. La imagen a la que remite el lenguaje es algo así como la imagen de la palabra, porque en cierta forma no tiene contenido.

La lingüística moderna encontró una solución muy fecunda en un método extremadamente simple, la tautología. Cuando se preguntaba, ¿qué significa el significante?, encontró una respuesta que no pudo ser atacada, diciendo que lo que significaba el significante era el significado. Era verdaderamente simple, pero con esta idea del significado se han planteado enormes dificultades. Sin embargo se percibió que para constituir la lingüística podíamos contentarnos con el significante. La fórmula de Lewis Carroll es: "Ocupense ustedes de sus pensamientos, las palabras se arreglarán por sí mismas". Esta fórmula se vio completamente modificada por Ferdinand de Saussure: de lo único que hay

que ocuparse es del significante. Esto permitió, en efecto, la constitución de una lingüística científica. Se percibió que Freud le daba una gran importancia al significante. Por ejemplo, en *El chiste y su relación con el inconsciente*, lo que produce el chiste son los desplazamientos y las condensaciones del significante. Hay que recordar las últimas líneas de este libro, los juegos sobre el significante, los desplazamientos y condensaciones sobre el significante, juegos con que los niños obtienen mucho placer y los adultos también.

Pero los adultos necesitan perdonar este juego infantil, hallándole a los chistes un sentido determinado. Este sentido está destinado a ocultarse a ellos mismos, que han regresado a un juego de niños. Los remito al juego de palabras alrededor de la palabra “Jacinto”, que es un pedicuro, en un libro de Heme que se llama *Ratsville*. Es un pedicuro muy divertido que hace chistes todo el tiempo y refiere que fue recibido, aparentemente en cuanto pedicuro, por el gran Rostchild. Y Jacinto nos dice que Rostchild lo trató en una forma completamente familiar y millonaria. Es decir, un juego de palabras entre familiar y millonario. Freud se toma el trabajo de analizar la significación de este juego de palabras, incluso estudia la biografía de Heme, para mostrar todo el sentido que tiene este juego de palabras. El alto grado en que la familiaridad de un millonario hacia un pedicuro, no es justamente una familiaridad porque precisamente, es millonario. Sin embargo, señala, el sentido del juego de palabras es muy interesante pero no provoca tanta risa, no provoca tanta descarga, como el juego de palabras sobre la palabra misma. No es cierto que el sentido cuando se obtiene suprime, reemplaza, el juego sobre las palabras, que en cierta medida el lenguaje se ve consumado en su significación. El lenguaje sigue produciendo sus efectos, en cuanto que lenguaje, además de la significación que se extrae de él.

M. M — Es por eso que en la cura es importante no mantenerse solamente a nivel de la significación.

O. M. — Y este es el origen de la importancia que Lacan le acuerda a la lingüística en el análisis mismo.

Ahora bien, hay una pequeña dificultad que no tengo intenciones de re-

solver, porque no se como hacerlo. Cabe entender por simbólico, al igual que Levi-Strauss, la combinatoria lógica que está en el lenguaje, o si no todos los juegos del significante, con los lapsos, los juegos de palabras, etcétera. Creo que para Lacan la palabra simbólico engloba el todo, los juegos del significante son simbólicos. De la misma forma que, a diferencia de Levi-Strauss, la verdad no reside por entero en la reducción del discurso a la lógica. En lo simbólico hay algo ilógico, o, para decirlo mejor, lo simbólico es como la lógica de lo que nos parece ilógico.

M. M. — El sentido viene del sin-sentido,

O. M. — Hay que agregar algo, la situación analítica, si nosotros decimos que es una situación constituida por dos personas, corremos el riesgo de convertirla en una situación imaginaria: el analizando encontrándose, de cierta manera, frente a alguien que representa su imagen.

Si, por ejemplo, el analizando quiere ser psicoanalista, se encontrará en la misma situación que la paranoica que quería ser la gran actriz, y como el paciente no es paranoico, no va a matar a nadie, pero habrá una situación de conflicto latente, de lucha de prestigio, de irritación y probablemente mucho silencio. Es como dos personas que se encuentran frente a frente sin tener un tema de conversación, que se sienten molestas y no saben qué hacer. Si entre los dos se introduce una mesa y un juego de cartas, entonces la situación se normaliza, hay una mediación, la del juego de cartas, y uno puede intentar ganar el dinero del otro.

De todas formas la agresividad se ve superada. En la situación analítica se requiere una mediación, que es, evidentemente, el lenguaje. El lenguaje constituye el tercer término del análisis. El lenguaje no quiere decir sólo las palabras, quiere decir todas las leyes del lenguaje, comprendiendo algo que no está en la lingüística, la verdad. La verdad que no es algo que se pueda tener, que se pueda poseer, sino que es algo así como el polo del campo en el que se despliega el lenguaje, algo así como el sol que no se puede agarrar, pero sin el cual no se puede jugar al tenis.

Esto es algo metafórico, porque si lo explicase en forma sistemática y teórica, necesitaría semanas.

Hay entonces, al lado del analista, que no posee la verdad, y del paciente,

que no posee la verdad, algo así como el campo de la verdad, el campo, en la misma forma que se habla del campo magnético. Esto Lacan lo personaliza en una forma un tanto teológica, con el nombre del Otro. Porque es evidente que el Otro es una nueva forma de la antigua idea de dios. Lacan protestaría si se le dijese esto, que ha remplazado con el Otro algo así como el dios que en otra época vigilaba y observaba las personas. Lacan diría que las personas de otra época sabían bien que haría falta algo así, que representase el campo de la verdad. Pero trataron a dios con una familiaridad y una libertad que no se puede emplear cuando se trata del Otro. No se puede decir, por ejemplo, el Otro me quiere mucho, cosa que en última instancia se puede decir de dios. Una vieja cajera, en una catedral, sí puede expresarse así: “soy vieja, pobre, pero sé bien que Dios me quiere mucho”. Con el Otro ya no hay nada de ese estilo. Si bien es cierto que tomó en alguna forma el lugar de dios, es en una forma completamente diferente.

El inconciente es el lenguaje, ya lo he dicho. No está más en el sujeto de lo que está el lenguaje en el sujeto. El lenguaje no está en nosotros como si tuviésemos un disco dentro nuestro, somos nosotros que estamos en el lenguaje. Esta es una idea de Heidegger que Lacan retuvo. Heidegger dijo: “El hombre habita el lenguaje”, y podríamos decir, si retomásemos el ejemplo del juego de ajedrez y nos preguntásemos dónde están los pensamientos ocultos de los jugadores, que no pueden estar en otro lugar que sobre el tablero mismo. Es en el tablero donde se pueden percibir todas las combinaciones. No habría pensamiento oculto, en absoluto, si se pudiese someter la posición del juego de ajedrez a una computadora que nos diese todo el número de combinaciones posibles; el número de éstas no es infinito. Es un poco de esta misma forma en que aparece el inconciente. No está especialmente en la cabeza, está, en cierta forma, en las palabras posibles o en las palabras dichas.

Voy a dar un ejemplo para mostrar cuán poco profundo es el inconciente para Freud. Voy a contar algo que le sucedió al *hombre de las ratas* y que, sin duda, ustedes conocen. En un momento dado de su vida, el hombre de las ratas se puso a hacer alpinismo. Hacía carreras tan agotadoras en las montañas, que Freud se preguntaba si no había una idea suicida en él. Freud se

equivocaba, pero no demasiado, porque la muerte estaba en cuestión. El hombre de las ratas le contó a Freud que corría por las montañas porque quería adelgazar. Y en otro momento refería que estaba celoso de un primo de su dama. Este primo se llamaba Dick. Y Freud le dijo: es muy simple, Dick quiere decir gordo, en alemán, y usted corre en las montañas para matar al gordo en usted. Y el hombre de las ratas rechazó la interpretación diciendo: es demasiado superficial, demasiado exterior. Y Freud no dijo, pero hubiera podido decir: pero es el inconsciente. La prueba de que era el inconsciente fue que después de esa interpretación el hombre de las ratas ya no corrió por las montañas. Entonces el inconsciente es profundo o superficial, está en el lenguaje o en la cabeza. En este ejemplo es claro que el inconsciente está en el lenguaje. Quizás no sea tan visible en todos los casos, pero siempre estará en una forma o en otra, porque es la existencia del lenguaje que crea el inconsciente en el hombre. El inconsciente está perfectamente ligado o relacionado al lenguaje, mientras que las concepciones deformadas del psicoanálisis vuelven a las concepciones filosóficas de la Edad Media, de acuerdo con las cuales en el hombre hay un pensamiento no verbal que busca las palabras para poder expresarse. Freud destruye esta concepción, cosa que no quedó muy en claro hasta que Lacan lo mostró.

Traducido por Víctor Fishman